

MEDITACION

A Paulina

Mira cual luce la esfera
Su manto de azul más terso;
Oye vibrar placentera
El arpa del universo,
A cuyos hondos y solemnes sonos
Palpitan de emoción los corazones.

En esta hora de reposo
El céfiro pliega el ala;
Por el espacio lumbroso
La luna llena resbala,
Como bruñido espejo en que se aliaña
Para una fiesta, enamorada niña.

Si nube ligera pasa
Y la faz del astro vela,
Rompiendo la tenue gasa
La serena luz riela,
Y alumbrando los vastos horizontes
Marca de azul la línea de los montes.

En el etéreo palacio
Brilla de estrellas el coro,
Esclareciendo el espacio
Chispas de zafiro y oro;
Tímidas unas, su fanal apagan,
O entre celeste claridad naufragan.

Polvo de soles remeda
La nebulosa radiante;
Polvo de soles que rueda
De alguna creación gigante
Que más allá de la extensión vacía
Fabrica la eternal sabiduría.

En esta hora en que la calma
 Extiende su blando imperio,
 Parece entrever el alma
 La excelsitud del misterio,
 Y quisiera lanzar potente grito
 Que un eco despertara en lo infinito.

Mas si la creación entera
 Clamar parece: ¡Mortales!
 Alzad la vista a la esfera,
 Do entre luces celestiales
 Fluye la fuente de la eterna vida
 A vuestra pobre raza prometida!

Si todo cuanto contemplo
 Se conmueve, vibra y ama;
 Si es la inmensidad un templo
 Que a su augusto dueño aclama,
 ¿Por qué en medio a ese eterno: *sursum corda!*
 Siento mi alma oscurecida y sorda?

Ven, mi dulce compañera,
 Mi ilusión jamás mentida,
 En cuya faz reverbera
 Todo el fulgor de la vida;
 Préstame tu pupila que no empaña
 Culpa que inquieta, tentación que engaña:

Con esa mirada casta
 Limpia de torpes recelos,
 Explorar podré la vasta
 Inmensidad de los cielos,
 Hasta llegar a la mansión en donde
 El Infinito su misterio esconde.

Si destemplada e incierta
 Ya no tañe el arpa mía,
 Tu alma a consonar acierta
 Con esa eterna armonía
 Que concertando angélicos sonidos
 Más llega al corazón que a los oídos.

Para ascender a la altura
 Ya no hay visibles escalas;
 Pero el alma santa y pura
 Puede desplegar dos alas,
 Para elevarse a la divina Esencia:
 Las alas del amor y la inocencia.

Por tu mano conducido
 Yo, peregrino errabundo,
 Llegaré, ya redimido,
 A las playas de otro mundo,
 Donde, al fulgor de amanecer risueño,
 Trocaráse en verdad lo que fue sueño.

Cuando el terrestre rumor
 Cese y se aduerma mi mente
 En impasible sopor
 Que en hielo torne mi frente,
 Tú la alondra serás, de voz canora
 Que ha de anunciarme la celeste aurora.

ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

Enero 1.º de 1920.